



QUEMAR LA MESA

DANA HART

No fue orquestado. Nadie me dijo: "Daniela: Tienes que hacerlo". Todo lo que no tuve. Todo lo que no fui. Flamea en el aire como una bandera derrota. Me envuelve en fracasos. Me enciende en pasados. En recuerdos.

Otra vez. Una y otra vez como una banda de moebius. Pero con las caderas más anchas. Demasiado anchas. Me dijeron que no hay que comer. Que comer engorda. Que engordar genera odio. Y dejé de comer, como si me mataran, con cada pensamiento. Dejé de comer y tengo más hambre que nunca. Quiero comer. Quiero abrir todos los mercados con los dientes y sacar cada postre. Devorarlo como un suspiro, acabarlo como al instante, dejarlo sin aliento. Vacío. Quiero dejar todo vacío, para que no se denta adentro. Vacío afuera. Vacío adentro.

Como. Como problemas prácticos y administrativo. Los mastico, los maldigo, los escupo, los pongo uno a uno en un postigo, y cierro la puerta. Y no los deajo pasar, y bloqueo el paso. Y les digo que no tan fuerte, con tanta

asimetría, que nadie entiende nada, o nadie quiere entender, igual que leer a Joyces. Todos saben lo que dice, es tan simple como los atardeceres, pero tan complejos como despertar y ver, y no entender lo que se ve, ni lo que se siente, ni lo que se quiere.

No quiero lo que quiero. Lo rechazo. Lo niego. No quiero lo que quiero, porque lo que quiero fue moldeado en siglos y siglos de esclavitud moderna y no tan moderna. No quiero lo que quiero, porque es en realidad lo que otros querían que quisiera y yo no quiero ser lo que otros quieren, no quiero ser lo que otros querían que yo fuera.

La esclavitud moderna. Está lleno de robots que se descomponen sobrexplotados y caen exhaustos a su manera mecánica, sobre la frialdad del suelo. Ese suelo en el que caemos todxs sin importar si se es robot o ser humano. Es un teatro.

Un teatro, una obra, algo que empieza con una mesa. Siempre empieza con una mesa, y sillas, y una familia, gritando, comiendo, ensuciando un mantel, tirando

baba, tenedores, más gritos, un hombre en la cabecera, una mujer que es oprimida y niños de un mal humor tremendo. No me gusta que las obras contengan mesas. Me gusta que las mesas se enciendan, se prendan fuego, en las barricadas. ¡Barricadas todas hechas de mesas, de todas las casas, de todas las fiestas, de todas las comidas! Mesas y manteles, a cuadros rojos y blancos, tan italianos como sea posible. Y peluquines bien peinados. Zapatos bien lustrados. Todo a la hoguera.

Una auténtica hoguera de mesas, llamas, zapatos, peluquines, tenedores y cuchillos que no se derriten, platos que se agrietan, gente que pregunta: ¿Qué pasó? y souvenirs de servilletas. Vasos, vasos, muchos vasos. Tantos vasos que la gente no sepa cómo se escriben, si se escriben con b largo o con v corta. Si son vasos o son los recipientes de algo que ya no está, que se hizo fuego en lo que extraño. Lo extraño. Lo extraño todo. Cada partícula del pasado que se hizo polvo. Cada momento, como el gladiador que piensa en su

hogar en medio de una celda. Extraño todo. Hasta las arvejas que le pedí a mi hermana sacar del plato.

Extraño todo. Pero ya no queda tiempo para ser otra cosa que pasado. Ahora solo soy pasado. Un día que se fue. Y devoro, los recuerdos, único alimento que me queda para comer. Me desintegro en todo, en el todo, y en la causa y la descausa. Mastico fracaso. Polvo. Escaleras que no van para arriba.

¿Por qué nadie me quiso?

¿Por qué nadie me quiso?

¿Por qué nadie me quiso?

Como en el cuento de Gabriel García Márquez, alguien repite la frase: "Solo vine a hablar por teléfono". Me arde la culebrilla. Me ataca. Me quema. Solo escribo para contenerla, para evitar que me sofoque. Escribo desde la culebrilla. Escribo con la culebrilla. Escribo para que la culebrilla -o más precisamente su rastro neurálgico permanente-, no me ataque. O escribe la culebrilla. Tal vez escribe la culebrilla. Escribo para calmar a la

culebrilla. ¿A quién le importa? Si esto es realmente malo. Malo. Malo. Lo odiarían los críticos. Escribo algo intolerable de leer para el hombre promedio. Pero no es para los críticos, es para la culebrilla. El momento más noble viene justo después de comprender que nunca se obtendrá reconocimiento. Que no hay estrella. Ni premio. No hay recompensa para el esfuerzo. Esfuerzos. Esfuerzos. Esfuerzos. Toneladas de esfuerzos.

Tal vez tengo roto el corazón.

Me ataca. Me muerde la columna y me obliga a escribir, lo que ella dicta. Dice que las multitudes siguen a Rosalía, que bailan el "Motomami", que no quieren oír hablar de emancipación social. Me duele, me muerde y me obliga a que escriba, que no me canse. Que no me canse nunca. Y seguir, seguir marchando, con sed, con hambre, con los pies arrastrando. Seguir. Habitando el postvacío, solidarizando con robots, cerrando botellas que otros abren. Durmiéndome a las 22 y levantándome a las 6, porque la disciplina no se pierde nunca.

El olvido me besa los pies. Deja que me lleve. No le digas que no. No le digas que si. Nadie me quiso. Nadie me quiso. Tal vez los devoré. Devoré todo lo que había de útil en este mundo. Y no me quedó nada. Una gota de calidad por consumir. Se evaporó. Hasta la próxima ola. Hasta el próximo impacto. Hasta que la lucha de clases sacuda la tierra. Lo perdí todo en una guerra que sucedió hace más de cien años. Ellos lo perdieron todo por mi. Y ahora esto. ¿Dónde está la gente? Dicen que son muchxs. Miles. Cientos. Millares. Dicen que dan vuelta a la tierra. ¿Quién está por ahí dedicando sus esfuerzos a socializar la producción y todo lo demás? ¿Quién anda por ahí portando el carnet de lo destruido? ¿Por qué tardaste tanto? En ser, estar. En abrir un canal frente al bosque que me permita pasar. Abrirme paso. Y estrecharte. Entre mansiones destruidas. E inviernos que se fueron lejos. Por lo menos entiendo del dolor, de la especie humana, ese dolor profundo que se lleva para siempre, como un campo lleva las flores o la mañana tu olor a no poder dejar las piernas quietas.

Todo lo que perdí está en los árboles, los tiñe de un verde tormento, de un verde con b larga.

Me está mordiendo. Me está mordiendo muy fuerte. Me ataca desde dentro hacia afuera. Nunca voy a poder hacer ciertas cosas, como hacer sentir orgullosa a mi mamá. Nunca voy a poder lograrlo. Lograr los motivos del orgullo de otras personas. Tal vez no debería.

Comer manzanas. Una, dos, tres manzanas. Plátanos. Mandarinas. Naranjas. Comer lo que alimento. Se supone que el arte es transformar el dolor en algo hermoso. Pero solo puedo expresar mi dolor, en la palabra DOLOR. Dolor. Dolor. Dolor. Que todo lo come. Que todo lo devora. Dolor.

Me meto a la ducha hirviendo. Para quemar a la culebrilla. En cuanto el agua en llamas toca mi cuerpo, mi cabeza, siento el alivio. El agua, origen, me trae de vuelta. Me envuelve. Me convierte en pez y puedo nadar en mis pensamientos, a contra corriente. El agua caliente me recorre las costillas, relaja los nervios y la neuralgia post, se aliviana y se silencia. Por suerte

además, tengo el sol en casa, que corretea dando pasitos largos, haciendo bromas toda la tarde.

Té verde. Té verde para fortalecer el sistema inmunológico, las funciones cerebrales. Té verde para prevenir las caries y el cáncer. Para la buena circulación. Con un toque de vainilla para no sentir el gusto del agua de la llave. Y bueno, tampoco es posible ser tan saludable en un mundo tan enfermo. Lleno de caños calientes por dentro. Té verde. Manzanas. Plátanos. Naranjas. Pan Integral, ese que trae muchas semillas, muchísimas semillas. Ese que te deja las semillas esparcidas por toda la casa.

Tengo tanta hambre y tanto frío. Un frío en el estómago. Ya es otro día. Son las 8 de la mañana y es hora de entrar al trabajo. Me ubican en Avenida Matta, es toda una esquina. Una tienda que vende todo de telas. Los dueños son árabes, se los ve poco, vivieron veinte años en Argentina, tenían la tienda en Once, pero quebró por la crisis. Una de las tantas crisis, ya no se cuál. Todo se ve tan ordenado. Tan increíblemente ordenado. Se

hacen pilas con los rollos de tela, que van del suelo al techo, apoyadas contra la pared y sostenidas por una estructura metálica que armaron específicamente para aguantarlas. Tal vez yo necesite una estructura metálica así también, para sostenerme. Aunque en parte así es mi casa, con grandes vigas de fierro.

Me gusta pasar la mano por las telas y sentir las diferentes texturas, de arriba hacia abajo, todo lo que me alcanza el brazo. También gusto de sentarme en el mesón, donde se producen los cortes, algunos graves, otros solo de tela. Disfruto el ruido de las tijeras cortando el lienzo, un poco metálico, un poco agudo, tan definitivo, tan sin vuelta atrás. Me gustaría que todo fuera como el efecto de estas tijeras, pesadas, de mango negro, también parecen de fierro, que producen este sonido tan característico, tan sin igual. Todo lo que no puede volver atrás, ni volver a juntarse, ni volver a unirse.

Tengo una cinta métrica corcheteada a la mesa, que no es de fierro, es de madera, por suerte, o estaría

congelada. Y allí mido los centímetros que me interesan para darle al cliente su producto final. Su metro. Su metro y medio. Sus tres metros. Cinco. Diez. Lo que quiera. Casi siempre son mujeres. Los hombres no gustan mucho de comprar tela, será que no saben, será que no quieren. Salvo los amigos del árabe, esos si que saben comprar, esos si que saben lo que quieren. Ante el primer paso al interior del suelo de cemento pulido del que se compone la tienda, ya saben lo que quieren. Lo ven, con ojos de águila, cruzando la calle, traspasando la vidriera. Estampados, texturas, ven todo. Lo quieren, lo toman, lo bajan, me lo ponen sobre la misa y cantan un número como en la quiniela: "5", "10", seguido de un "por favor" en un acento bastante extraño. Ya estoy acostumbrada. Ya estoy acostumbrada a lo extraño. A los que oyen voces. A quienes huelen mal. A quienes piden las cosas de mala gana. A la que no le alcanza y pide unos centímetros de más. Siempre pongo unos centímetros de más, así no me aprieta tanto la culebrilla al final del día. Nadie notará la diferencia, excepto la clienta, tan atenta, mirando fijamente la cinta métrica

mientras la repaso con la tela estirada, para que no se me escape la medida. ¡Qué hambre, qué frío! Por suerte todavía es temprano y la gente no sale a buscar tela a esta hora, a menos que haga mucho frío y vengan por el polar, producto de una mala noche.

Hay una señora que le cuelga paños y paños de polar alrededor de la cuna de su beba, para protegerla del frío. Eso si que es amor, amor profundo. Amor, y el hecho de que nadie le subvencione una estufa a una madre. Me comería un paño envuelto de estos de tela, tan suavitos, tan estiraditos, con olor ¡a tela!, que no hay nada más distinguible en el mundo. Y este mover las piernas sobre el mesón, sin llegar al suelo, junto a esta luz, que yo misma puse, para que no fuera blanco, para que fuera crema. Debería ponerme a cocer, pero no tengo ganas. La máquina está ahí, una Singer. Mi madre cocía. Mi madre estaría cociendo. Pero yo solo quisiera pensar y pensar y pensar hasta que termine mi jornada. Que no llegara nadie, como en un día de lluvia, pero sin los que vienen a comprar tela de paraguas,

para poder pensar, pensar ideas. Tal vez soy una filósofa. Una Sócrates escondida, bajo un contrato a plazo fijo. ¿Nadie paga por pensar? Un sueldo. Una mensualidad. Una cuota por filosofar. Que estar aquí junto a la seda no es tan horrible... ¿O si? Tal vez la tela es lo que me hace pensar, o el efecto hipnótico que algún químico tendrá. Todo por aquí debe estar lleno de químicos, apretados, viviendo entre los pliegues. Tengo miedo de que caigan por la noche y desordenen todo al llegar por la mañana. Por suerte hay baño. Es chiquito y no se lo prestamos a la clientela. Pero es un baño. Casi lo uso yo únicamente. Y el árabe. Razón por la cual después lo tengo que limpiar. Cada vez que sale le arrojo desinfectante como agua al fuego. ¡Qué más quisiera yo, que el árabe me dejara su imperio de regalo, que no tuviera a nadie y me lo dejara de regalo, para mi solita. Pero no sabría nunca de dónde saca la tela. A menos que me deje el secreto también. Por lo pronto parece que él traficara la tela, la labrara el mismo o bien tuviera un pacto con el demonio. Tal vez firmó su propio tratado de Libre Comercio. Trae tela, en su

camioneta, y él mismo la baja y la deja sobre las estanterías metálicas. Soy la única trabajadora que contrata. Parece que no confiara en nadie. Custodia muy bien la caja, que por cierto es un tanto antigua. Antiquísima. Nada de ocurrírsele introducir sistemas sofisticados de computación o tecnificar nada. Prefiere que yo toque los botones, abra y cierre y haga el ruido tradicional de la caja. Y es que todos estos ruidos se oyen tan al siglo IXX. Supongo que se debe haber oído así, obviamente no estuve. Y esta luz, tan crema, también es muy siglo IXX. Pensar, me dedicaría a pensar, pero ni a Marx le gustaría eso, ni a Fourier, ni a Owen, por todo el tema del derecho al trabajo. ¿Puedo trabajar de pensadora? Soy mujer: Me lo merezco. O bien corto tela dos horas por días y luego adiosito. ¡Me lo merezco! ¡A pensar! Dos horas por día. Sin todo el resto que se queda de plusvalía. Dos horitas y a pensar. Apuesto a que así me mordería menos la culebrilla. Paso tantas pero tantas horas aquí metida, que hasta me tengo que masturbar aquí, en el baño. Me encierro, un ratito, cuando no hay nadie, pongo bien el pestillo y

me froto hasta que se me relaja el nervio de la columna y las convulsiones orgásmicas, alimentan a la culebrilla, para que se relaje y se duerma. Solo así la hago dormir. Es como un bebote. Hay que darle de comer y mandarla directo al tuto. Aunque a veces se despierta en seguida, y otras veces no se quiere dormir. Convulsiones orgásmicas para todo. Para todos los dolores que aquejan el cuerpo. Es el mejor remedio. La mejor receta.

¿Había mujeres pensadoras en la Antigua Grecia? ¿Sócrates que fueron chicas? La respuesta es tan obvia, como que se veían cosas tras sus togas. ¿La historia viene con retroactivo? ¿La redención y todas esas cosas? Quiero quedarme con esa redención, recuperarle, redimirle, recrearle sin opresión. Quiero la toga. Sin la esclavitud. Me duele. Me duele la culebrilla. Me aprieta. Me agrieta. ¿No serán las telas? De tanto descargarlas de allá arriba. El movimiento al apoyarlas sobre el mesón. Subirlas. Bajarlas. Estirarlas. Cortarlas.

WWW.DANAARTESCRITORA.COM

